

## Los orígenes de la conducta soviética\*

George F. Kennan

Con el seudónimo de "x", George F. Kennan publicó en la prestigiosa revista *Foreign Affairs*, en julio de 1947, un artículo titulado "Los orígenes de la conducta soviética" que, junto con la *Doctrina Truman*, se convertiría en el manifiesto de la guerra fría.

Kennan, quien había sido Encargado de Negocios de los Estados Unidos en Moscú y era a la sazón el responsable del equipo de planificación política del Departamento de Estado, planteaba una política de "contención" para hacer frente a la Unión Soviética en el lugar y en el tiempo en que diese signos de entrometerse en "los intereses de un mundo pacífico y estable", para frenar sus inclinaciones expansionistas y eventualmente disuadirla.

El desafío descrito por el diplomático era de índole política y económica, y la actitud que proponía, de vigilancia. Sin embargo, al decir que se requería "la diestra y hábil aplicación de fuerzas de contención en una serie de puntos geográficos y políticos en constante variación, de acuerdo con los cambios y maniobras de la política soviética", hizo suponer a muchos que la amenaza era militar, y que las crisis mundiales serían permanentes, pues los agentes del comunismo ruso llegaban a todos los "rincones" y a todas las "grietas" del orbe.

De esta suerte, "Los orígenes de la conducta soviética" propiciaría el desarrollo militar de los Estados Unidos y de sus aliados, que de otra forma no podrían encarar a los rusos cuando y donde presionaran, y alimentó la paranoia anticomunista de aquella nación.

### I

La personalidad política del poder soviético tal como la conocemos ahora es producto de ideología y circunstancias: ideología que los actuales líderes soviéticos heredaron del movimiento en el cual tuvieron su origen político, y circunstancias del poder que han ejercido ya durante casi tres décadas en Rusia. Pocas tareas de análisis psicológico resultan tan difíciles como tratar de rastrear la interacción de estas dos fuerzas y el papel relativo de cada una en la determinación de la conducta oficial soviética. Sin embargo, debe hacerse el esfuerzo si se pretende entender y enfrentar debidamente tal conducta.

Es difícil resumir el conjunto de conceptos ideológicos con los que los líderes soviéticos llegaron al poder. La ideología marxista, en su proyección rusocomunista, ha estado siempre en un sutil proceso de evolución. Los materiales en los cuales se basa son extensos y complejos. Pero las características sobresalientes del pensamiento comunista tal como existía en 1916 quizás pueden resumirse de la manera siguiente: a) que el factor central en la vida del hombre, el factor que determina el carácter de la vida pública y la "fisonomía de la sociedad", es el sistema por el cual se producen e intercambian los bienes materiales; b) que el sistema capitalista de producción es infame y conduce inevitablemente a la explotación de la clase trabajadora por la clase propietaria del capital y es incapaz de desarrollar de forma adecuada los recursos económicos de la sociedad o de distribuir con justicia los bienes materiales producidos por el trabajo del hombre; c) que el

\* Publicado originalmente en inglés bajo el título de "The Sources of Soviet Conduct", en *Foreign Affairs*, julio de 1947, vol. 25, p. 566-582, traducción de Eva Salgado Andrade.

capitalismo contiene las semillas de su propia destrucción y, en vista de la incapacidad de la clase propietaria del capital para ajustarse al cambio económico, con el tiempo y de forma irremisible se da lugar a una transferencia revolucionaria del poder a la clase trabajadora, y d) que el imperialismo, fase final del capitalismo, conduce directamente a la guerra y la revolución.

El resto puede esbozarse con las propias palabras de Lenin:

La desigualdad del desarrollo económico y político es la ley inflexible del capitalismo. De aquí se deduce que la victoria del socialismo puede darse originalmente en unos cuantos países capitalistas o inclusive en un solo país capitalista. El proletariado victorioso de ese país, después de expropiar a los capitalistas y reorganizar la producción socialista nacional, se levantaría en contra del resto del mundo capitalista y, durante este proceso, atraería hacia sí a las clases oprimidas de otros países.<sup>1</sup>

Debe hacerse notar que no se asumía que el capitalismo podría perecer sin revolución proletaria. Se necesitaba el impulso final de un movimiento proletario revolucionario a fin de derrumbar la tambaleante estructura. Pero se veía como algo inevitable que ese impulso se diese tarde o temprano.

Desde unos cincuenta años antes de estallar la Revolución, este modelo de pensamiento había ejercido gran fascinación en los miembros del movimiento revolucionario en Rusia. Frustrados, inconformes, sin esperanzas de encontrar su propia personalidad —o demasiado impacientes para buscarla— en los restringidos límites del sistema político zarista, aunque sin recibir un amplio apoyo popular al elegir una revolución sangrienta como medio de mejoramiento social, estos revolucionarios vieron en la teoría marxista una racionalización altamente conveniente para sus propios deseos instintivos. Proporcionaba la justificación seudocientífica a su impaciencia, a su categórica negación de la validez del sistema zarista, a su ambición de poder y venganza y a su inclinación por ahorrarse esfuerzos en esta búsqueda. Por lo tanto no es de extrañar que hayan creído tácitamente en la verdad y firmeza de las enseñanzas marxistas-leninistas, que convenían también a sus propios impulsos y emociones. Su sinceridad no necesita ser impugnada. Este es un fenómeno tan viejo como la naturaleza humana. Nadie lo ha descrito más atinadamente que Edward Gibbon quien, en *La decadencia y la caída del Imperio Romano*, escribió:

El paso que lleva del entusiasmo a la impostura es peligroso y resbaloso; el demonio de Sócrates ofrece un memorable ejemplo de cómo un hombre sabio puede engañarse a sí mismo, cómo un hombre bueno puede engañar a otros, cómo la conciencia puede tornarse inactiva y oscilar entre la autoilusión y el fraude voluntario.

Con este juego de concepciones, los miembros del Partido Bolchevique llegaron al poder.

<sup>1</sup> "Concerning the Slogans of the United States of Europe", agosto de 1915, edición oficial soviética de los trabajos de Lenin.

Debe notarse ahora que a lo largo de todos los años en que se preparaban para la revolución, la atención de estos hombres, al igual que la del propio Marx, se había centrado menos en la forma futura que adoptaría el socialismo<sup>2</sup> que en el necesario derrocamiento del poder rival, lo cual, en su opinión, debía preceder a la introducción del socialismo. Por lo tanto, sus puntos de vista con respecto al programa efectivo que entraría en vigor una vez que obtuvieran el poder eran nebulosos, visionarios e impracticables en su mayoría. Más allá de la nacionalización de la industria y la expropiación de grandes empresas capitalistas privadas, no se había acordado programa alguno. El tratamiento del campesinado, que de acuerdo con la formulación marxista no pertenecía al proletariado, había sido siempre una mancha vaga en el modelo del pensamiento comunista; y permanecería como un objeto de controversia y vacilaciones durante los primeros diez años del poder comunista.

Las circunstancias del periodo posrevolucionario inmediato —existencia en Rusia de una guerra civil e intervención extranjera, junto con el hecho obvio de que los comunistas representaban sólo una reducida minoría del pueblo ruso— hicieron necesario establecer un poder dictatorial. El experimento con el “comunismo de guerra” y el abrupto intento de eliminar la producción y el comercio privados tuvieron desafortunadas consecuencias económicas y aumentaron la amargura en contra del nuevo régimen revolucionario. Si bien el relajamiento temporal del esfuerzo para comunizar a Rusia —representado por la Nueva Política Económica— mitigaba un poco este desastre económico y por lo tanto cumplía sus propósitos, también hizo evidente que el “sector capitalista de la sociedad” estaba todavía preparado para sacar inmediato provecho a cualquier distensión de las presiones gubernamentales y, si se le permitía seguir existiendo, constituiría siempre un poderoso elemento de oposición al régimen soviético y un serio rival para su influencia en el país. De alguna manera la misma situación prevalecía con respecto a los campesinos en tanto que individuos que, aunque en pequeña escala, eran también productores privados.

En caso de haber vivido, Lenin habría demostrado ser un hombre capaz de reconciliar estas fuerzas conflictivas para beneficiar en última instancia a la sociedad rusa, aunque esto es cuestionable. Pero si así hubiera sido, Stalin, y aquellos a los cuales él condujo en la lucha para suceder en el liderazgo a Lenin, no podrían tolerar fuerzas políticas rivales en la esfera de poder codiciada por ellos. Su sentido de inseguridad era demasiado grande. Su peculiar fanatismo —que no había sido modificado por ninguna de las tradiciones anglosajonas de compromiso— era demasiado feroz y envidioso como para permitirles vislumbrar que compartirían permanentemente el poder. El mundo rusoasiático del cual emergían, los había tornado escépticos en lo referente a las posibilidades de coexistir permanente y pacíficamente con fuerzas rivales. Con facilidad se persuadieron de su propia “rectitud” doctrinaria e insistieron en la sumisión o destrucción de todos los poderes que les hicieran competencia. En la sociedad rusa no habría más rigor que el del Partido Comunista. No habría actividades huma-

<sup>2</sup> Aquí y a lo largo de todo este trabajo, “socialismo” se refiere al comunismo marxista o leninista, no al socialismo liberal que es una variedad de la Segunda Internacional.

nas colectivas o asociaciones que no estuvieran dominadas por el Partido. A ninguna otra fuerza en la sociedad rusa se le podría asegurar vitalidad o integridad. Sólo el Partido tendría estructura. Todo lo demás sería sólo una masa amorfa.

Y dentro del Partido se aplicaría el mismo principio. Todos sus miembros podrían participar en las mociones de elección, deliberación, decisión y acción; pero en estos procedimientos estarían animados no por sus propios deseos individuales, sino por el impresionante aliento de los líderes del Partido y la avasallante presencia de "la palabra".

Hay que recalcar que subjetivamente estos hombres tal vez no buscaban el absolutismo por su propia cuenta. Sin duda creían —y les resultaba fácil creer— que por sí solos sabían qué era benéfico para la sociedad y que ellos conseguirían esos beneficios una vez que su poder fuera seguro e inalterable. Pero al tratar de asegurar su propio dominio, no estaban dispuestos a permitir restricción alguna a sus métodos, ya fuera por parte de Dios o de los hombres. Y hasta que se hubiera obtenido tal seguridad, quedaba muy lejos en su escala de prioridades la tranquilidad y la felicidad de los pueblos cuyo cuidado se les había confiado.

Una circunstancia sobresaliente en relación con el régimen soviético actual es que hasta la fecha no se ha completado este proceso de consolidación política, y los hombres del Kremlin siguen consagrados predominantemente a la lucha por asegurar y hacer absoluto el poder que tomaron en noviembre de 1917. Antes que nada, se han esforzado por asegurarlo en contra de las fuerzas locales, en el propio ámbito de la sociedad soviética. Pero también se han esforzado por asegurarlo en contra del mundo exterior. Porque la ideología, como hemos visto, les enseñó que el mundo exterior era hostil y que con el tiempo su deber sería derrocar a las fuerzas políticas más allá de sus fronteras. Las poderosas manos de la historia y la tradición rusas se alzaron para apoyarlos en este sentimiento. Finalmente, su propia intransigencia agresiva respecto al mundo exterior empezó a encontrar su propia reacción; y se vieron obligados, para usar otra frase *gibbonesca*, "a castigar la contumacia" que ellos mismos habían provocado. Todo hombre tiene el privilegio inalienable de probar que tiene razón en la tesis de que el mundo es su enemigo; puesto que si reitera este argumento con la suficiente frecuencia y lo convierte en la guía de su conducta, con el tiempo estará destinado a tener la razón.

Ahora bien, de acuerdo con la naturaleza del mundo mental de los líderes soviéticos, así como del carácter de su ideología, no se reconocerá cualquier mérito o justificación a ninguna oposición. En teoría, tal oposición sólo puede surgir de las fuerzas hostiles e incorregibles del capitalismo agonizante. Mientras se reconoció oficialmente la presencia de remanentes del capitalismo en Rusia, fue posible responsabilizar a éstos, como un elemento interno, de la preservación de una sociedad dictatorial. Pero a medida que los remanentes fueron poco a poco liquidados, esta justificación comenzó a perder peso; y cuando oficialmente se indicó que habían sido destruidos, la justificación desapareció junto con ellos. Este hecho dio lugar a una de las compulsiones fundamentales que actuaron sobre el régimen soviético: en vista de que el capitalismo ya no existía en Rusia y dado que no podía admitirse una seria o extensa oposición al Kremlin surgida espontáneamente de las masas liberadas a las cuales gobernaban, se tuvo que

reforzar la amenaza del capitalismo más allá de las fronteras, para justificar la persistencia de la dictadura.

Esto empezó desde muy pronto. En 1924, Stalin defendió específicamente la preservación de los "órganos represivos", que se referían, entre otros, al ejército y a la policía secreta, con el argumento de que "siempre que haya un cerco capitalista habrá peligro de intervención con todas las consecuencias que surgen de ese peligro". De acuerdo con esta teoría, y a partir de entonces, las fuerzas internas de oposición en Rusia han sido constantemente consideradas como agentes de las fuerzas extranjeras reaccionarias antagonistas al poder soviético.

Por la misma razón, se ha dado tremendo énfasis a la tesis original del antagonismo básico entre los mundos capitalista y socialista. Según varias indicaciones, es claro que este énfasis no se basa en la realidad. Los hechos que verdaderamente se relacionan con él se han tornado confusos por la presencia exterior de resentimientos genuinos provocados por la filosofía y tácticas soviéticas, y ocasionalmente por la existencia de grandes centros de poder militar, que sin duda tenían metas agresivas contra la Unión Soviética, especialmente el régimen nazi en Alemania y el gobierno japonés de finales de la década de 1930. Pero hay amplias evidencias de que el énfasis desplegado por Moscú con respecto a la amenaza que se cierne sobre la sociedad soviética, y que provenía del mundo más allá de sus fronteras, en realidad no se funda en antagonismos externos, sino en la necesidad de explicar el mantenimiento de una autoridad dictatorial en la nación.

En la actualidad, el mantenimiento de este modelo de poder soviético, concretamente la búsqueda de autoridad ilimitada en sus confines, junto con el semito de la implacable hostilidad extranjera, ha ido tan lejos que ha moldeado la maquinaria del poder soviético tal como la conocemos ahora. Los órganos internos de administración que no sirvieron para este propósito se debilitaron. Los órganos que sí sirvieron para este propósito crecieron exorbitantemente. La seguridad del poder soviético descansó en la disciplina de hierro del Partido, en la severidad y ubicuidad de la policía secreta, y en el inflexible monopolio económico del Estado. Los "órganos represivos", con los cuales los líderes soviéticos habían buscado protegerse de las fuerzas rivales, se volvieron en gran medida los amos de aquellos a los cuales se suponía debían servir. Actualmente la mayor parte de la estructura del poder soviético está encaminada a perfeccionar la dictadura y a mantener la imagen de Rusia como en estado de sitio, con el enemigo acechando tras las paredes. Y los millones de seres humanos que forman parte de la estructura de poder deben defender a cualquier costa este concepto de la posición rusa, pues en su ausencia ellos mismos se vuelven superfluos.

Como están las cosas, los dirigentes no pueden soñar siquiera en deshacerse de estos órganos represivos. La búsqueda del poder absoluto, perseguida desde hace ya casi tres décadas con una crueldad sin paralelos (al menos por su alcance) en los últimos tiempos, ha producido de nuevo internamente, como lo hizo externamente, su propia reacción. Los excesos del aparato policiaco han convertido la oposición potencial al régimen en algo aún mayor y más peligroso de lo que pudo haber sido antes de que comenzaran los excesos.

















